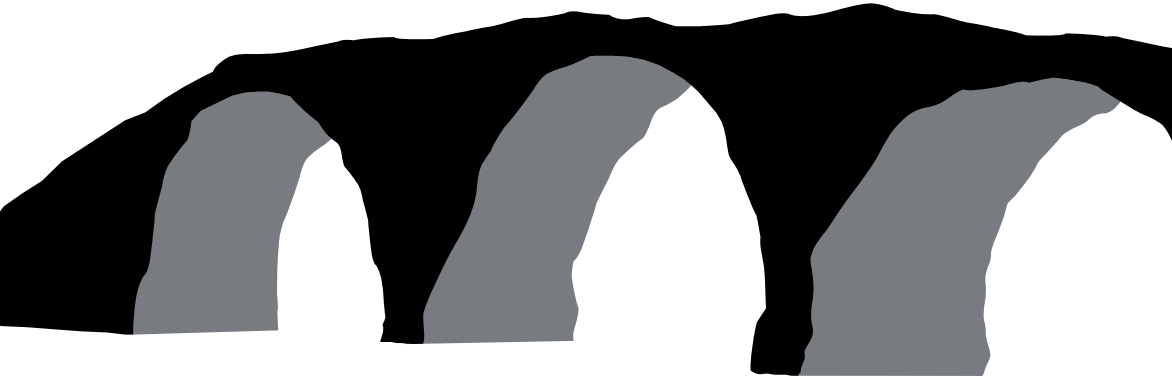
VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueologia Histórica
Volume 9 | Número 1 | Janeiro – Junho 2015
ISSN 1981-5875
ISSN (online) 2316-9699

RELACIONES SOCIALES Y DISTANCIAMIENTO: PENSANDO CON NORBERT ELIAS LAS "MODERNIDADES" DEL BUENOS AIRES VIRREINAL

SOCIAL RELATIONS AND DISTANCE: THINKING WITH NORBERT ELIAS THE "MODERNITIES" OF BUENOS AIRES DURING THE VICEROYALTY

María Marschoff



Recepción: 9 de junio de 2015
Aprobación: 14 de septiembre de 2015

RELACIONES SOCIALES Y DISTANCIAMIENTO: PENSANDO CON NORBERT ELIAS LAS "MODERNIDADES" DEL BUENOS AIRES VIRREINAL

SOCIAL RELATIONS AND DISTANCE: THINKING WITH NORBERT ELIAS THE "MODERNITIES" OF BUENOS AIRES DURING THE VICEROYALTY

María Marschoff[1]

Resumen

Aquí retomo algunas ideas de Norbert Elias que resultan interesantes y pertinentes para discutir la "modernidad"; en particular, su énfasis en las relaciones sociales y el distanciamiento, centrales a lo que él denomina "proceso de la civilización" (aquí entendido como posible definición de "modernidad"). Ambos conceptos son esencialmente corporales, y no han recibido suficiente atención en arqueología histórica. En este caso, empleo estas ideas en el análisis de los contextos materiales de vida y las experiencias de algunos residentes del puerto de Buenos Aires entre 1776 y 1810. El objetivo es discutir posibles "modernidades", que a la vez permitan cuestionar el carácter inexorable y externo que este concepto suele adoptar, consciente o inconscientemente, en el marco de la arqueología histórica.

Palabras clave: relaciones sociales, distanciamiento, cuerpo, modernidad, Buenos Aires, siglos XVIII-XIX.

Resumo

Retomo algumas ideias de Norbert Elias que são interessantes e relevantes para discutir a "modernidade"; em particular, sua ênfase nas relações sociais e no distanciamento, centrais para o que ele chama de "processo de civilização" (aqui entendido como possível definição de "modernidade"). Ambos os conceitos são essencialmente corporais e não têm recebido atenção suficiente na arqueologia

1 Instituto de Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. mmarschoff@hotmail.com

histórica. Neste caso proponho usar essas ideias na análise dos contextos materiais da vida e das experiências de alguns habitantes do porto de Buenos Aires entre 1776 e 1810. O objetivo é discutir possíveis "modernidades", e ao mesmo tempo questionar o caráter inexorável e externo que esse conceito muitas vezes adota, consciente ou inconscientemente, na arqueologia histórica.

Palavras-chave: relações sociais, distância, corpo, modernidade, Buenos Aires, séculos XVIII-XIX.

Abstract

In this article I take up ideas developed by Norbert Elias that are useful in questioning "modernity", in particular his emphasis on social relations and distance, key to what he calls the "civilization process" (here understood as a possible definition of "modernity"). Both concepts are essentially corporeal, and have received little attention in historical archaeology. In this case, they are used to analyze the contexts of material life and the experiences of some people living in the port of Buenos Aires between 1776 and 1810. My aim is to discuss possible "modernities" that will question the external and inexorable character that this process tends to acquire within historical archaeology.

Key words: social relations, distance, body, modernity, Buenos Aires, 18th-19th centuries.

Introducción

En este artículo me gustaría retomar algunas ideas de Norbert Elias y lo que él denomina "proceso de la civilización", ya que, a mi entender, se centra en aspectos de lo que solemos denominar "modernidad" que no han sido muy tenidos en cuenta en el contexto de las arqueologías del mundo moderno. Su punto de partida es el concepto de "configuración social", un entramado particular de ideas y relaciones que unen a un conjunto determinado de personas (Elias, 1996). A partir de ello, es posible comprender que el foco de su idea de sociedad está puesto en la "interacción", en las relaciones entre la gente. Al mismo tiempo, la noción de configuración propone apartarse de un sistema cerrado y armónico.

Con el concepto de "proceso", Elias (1987) refiere al cambio estructural de los seres humanos, de las configuraciones sociales. Con el "proceso de la civilización", eje de su libro más conocido, refiere a un cambio estructural específico del mundo occidental, que él, al igual que otros historiadores más recientes (Le Goff & Truong, 2006), remiten a finales de la Edad Media. Aquí es donde su forma de entender la sociedad se vincula directamente con el conjunto de tendencias que solemos llamar genéricamente "modernidad". El "proceso de la civilización" fue un tipo particular de cambio que implicó modificaciones estructurales, conllevando una diferenciación e integración crecientes entre las personas. Con la idea de "civilización", Elias (1987) refiere a la dirección de ese cambio: una mayor consolidación y diferenciación de los controles emotivos de las personas, y a partir de ello, de sus experiencias y su comportamiento.

Un concepto central dentro del proceso de civilización es el de "distanciamiento", que comenzó en el Renacimiento y adoptó cuatro formas distintas. En primer lugar, existió un distanciamiento entre las personas y la naturaleza, asociado con la experiencia del "paisaje" y los "objetos" como mundos externos al sujeto (Elias, 1956, 1996). En segundo y tercer lugar, se desarrolló un distanciamiento entre "los hombres y los hombres", y entre los hombres y las mujeres, cuando surgió una forma diferente de percepción del otro (objetivación), y cuando el género adoptó una importancia distinta (Elias, 1978, 1987, 1996). Finalmente, existió un distanciamiento de las personas con respecto a sí mismas. Este auto-distanciamiento generó una autoconsciencia acentuada (Elias, 1996; Elias *et al.,* 1997), que ha sido frecuentemente estudiada como parte del proceso de individualización en la sociedad moderna.

Elias (1987, 1996) visualiza el "proceso de la civilización" como una serie de etapas sucesivas, cuyos límites temporales no son claros y varían entre contextos. En la primera etapa, *courtoisie,* la coacción de los impulsos y emociones tuvo lugar por respeto a los demás; en la segunda, *civilité,* ocurrió como resultado de

represiones del propio entramado social, de la división del trabajo, de la competencia. Finalmente, en la *civilisation,* el mecanismo más fuerte fue la auto-coacción. De este modo, con el aumento del distanciamiento en las cuatro modalidades anteriormente referidas, las coacciones se volvieron cada vez más sutiles, más impersonales y menos visibles.

Ahora bien, lo más destacable en el abordaje de Elias es que el distanciamiento que marcó el proceso de la civilización se enraíza en el comportamiento, en rituales cotidianos anclados en el cuerpo, en la interacción. Porque, para Elias, es en el cuerpo y a través del cuerpo –en la etiqueta en la mesa, en las formas de sonarse la nariz, etc. – donde la cortesía, la civilidad y la civilización existen (Elias, 1987). De hecho, es desde el cuerpo y el mundo material, en la interacción entre las personas, que este autor construye las etapas de su proceso de cambio estructural en la sociedad occidental (Elias, 1956, 1987). Su teoría es conscientemente elaborada desde la inducción (Elias, 1956), sin entrar en contradicción con el hecho de que su objetivo es, en última instancia, alcanzar generalizaciones trans-temporales (Elias *et al.,* 1997).

En este artículo quisiera deconstruir (y destruir) parte del trabajo que he hecho al estudiar las prácticas alimentarias de los habitantes de Buenos Aires entre 1776 y 1810 (Marschoff, 2014). Al igual que Elias (1987), mi punto de partida fue un conjunto de libros cronológicamente ordenados: él utilizó manuales de buenas maneras; yo, libros de recetas de cocina. A partir de estos registros, ambos identificamos una serie de comportamientos corporales con materialidades específicas, que interpretamos contextualmente y caracterizamos como "diagnósticos" del "proceso de la civilización" o la "modernidad". En la sección que sigue voy a resumir el trabajo que he llevado adelante, discutiendo su relevancia en lo que refiere al vínculo entre "modernidad"/"proceso de la civilización" e "interacción".

Elias (1987) explica la adopción diferencial de comportamientos característicos de la civilización mediante la lucha entre grupos sociales; es decir, mediante el proceso de emulación y competencia entre advenedizos y grupos en el poder, donde los cambios pueden ser generados "desde abajo" y "desde arriba". Más allá de la forma en que se quiera explicar el cambio a escala social, el objetivo en este artículo es abordar las maneras en que algunas personas adoptaron comportamientos corporales que podrían ser considerados "modernos". Espero que en una escala más pequeña sea posible discutir el rol jugado por la interacción y las estrategias de distanciamiento en la decisión de incorporar ese tipo de comportamientos (algo que frecuentemente queda enmascarado en una escala de análisis mayor). De esta manera, en las siguientes secciones presentaré en detalle cuatro casos representativos de formas de alimentación diferentes, situando la

alimentación en el contexto y las experiencias de vida de las personas, para ver si puedo comenzar a responder a las preguntas planteadas.

La "modernidad" en la alimentación del Buenos Aires virreinal

En mi investigación doctoral busqué aportar a la historización del proceso a través del cual se constituyó la dicotomía moderna entre "lo público" y "lo privado" en las experiencias cotidianas; específicamente, en las prácticas alimentarias (Marschoff, 2014). En ese contexto, y para el momento de transición hacia el siglo XIX, analicé la alimentación de los porteños en función de la incorporación de formas de hacer (más "modernas") que se diferenciaban de las de siglos anteriores. Esos rasgos fueron definidos a partir del análisis de libros de recetas, diccionarios y fuentes secundarias. En la búsqueda presté especial atención a la forma de involucramiento del cuerpo y sus consecuencias materiales. El objetivo fue poner en relieve los contextos de sociabilidad en los que ocurría la alimentación cotidiana, donde la distancia entre los que participaban, la forma en que lo hacían y quiénes quedaban excluidos resultaron las variables más relevantes para definir el cambio en la alimentación que ocurrió en algún momento del siglo XVIII.

En la transición de la cocina renacentista a la de inicios del siglo XIX, el distanciamiento se plasmó en prácticas corporales y una cultura material específica (Marschoff, 2007, 2011, 2013, 2014). Así, aumentó la distancia entre las personas y la naturaleza (por ejemplo, con la disminución en el uso de especias o la mayor preferencia por preparaciones heterogéneas); se incrementó la distancia entre las personas (la segregación entre quienes cocinaban y quienes consumían los alimentos, entre los propios comensales, etc.); se acentuó la distancia entre hombres y mujeres (con la constitución de la gastronomía como "ciencia" masculina e incluso con la aparición de contextos de consumo femeninos como el ritual del té); y finalmente, creció el auto-distanciamiento (ejemplificable con la tendencia a preparar y presentar platillos que pudieran satisfacer paladares distintos e individuales en una misma mesa). Estas son algunas de las formas de hacer que comenzaron a surgir en el siglo XVII y se acentuaron a lo largo del XVIII y XIX. A partir de las mismas y sus consecuencias materiales analicé un conjunto de inventarios de bienes de personas fallecidas en Buenos Aires, entre 1776 y 1810.

Buenos Aires ofrece un buen contexto para abordar el objetivo aquí propuesto, ya que adoptó desde épocas tempranas características de colonia moderna, poblada por inmigrantes libres con una economía fundada en la producción ganadera y orientada a la exportación de cueros. De forma simultánea, ya desde el siglo XVII, el puerto se convirtió en un punto clave para el comercio legal e ilegal (Areces, 2000). A fines del siglo XVIII, la creación del Virreinato del Río de la

Plata, con cabecera en este puerto, y la sanción del Libre Comercio permitieron que la ciudad cobrara nueva importancia económica, política y militar; se transformara en la base geopolítica del Atlántico Sur; y se vinculara directamente con el mercado mundial (Tau Anzoátegui & Martiré, 1981; Garavaglia & Meléndez, 1985; Chiaramonte, 1986; Saguier, 1993). Estos cambios desembocaron en un énfasis aún mayor en la producción ganadera con miras al mercado mundial y revitalizaron fuertemente el comercio. En consecuencia, el tamaño y la forma del espacio urbano se modificaron e incrementaron (Chiaramonte, 1986; Rosa, 1988). Nuevos habitantes arribaron al puerto, y en los años que duró el Virreinato la población se multiplicó (Tau Anzoátegui & Martiré, 1981; Nicoletti, 1987).

Cada uno de los 100 inventarios con los que trabajé inicialmente representó la totalidad (o la mayoría) de los bienes poseídos por una persona al momento de su muerte; y correspondió con lo que podría llamarse una "unidad doméstica", ya que en muchos casos los artículos fueron compartidos por otras personas con quienes convivió el/la difunto/a. Centrándome únicamente en los objetos relacionados con la preparación y cocción de alimentos, y los vinculados con la presentación y consumo de comidas y bebidas, pude identificar algunos inventarios con características más "modernas" y otros con rasgos "más antiguos". Efectivamente, las tendencias identificadas en los libros de recetas y las ideas de Elias sobre el distanciamiento tuvieron sentido en los conjuntos de bienes de algunas unidades domésticas. El problema surgió cuando quise explicar por qué se elegían ciertas formas de hacer y no otras.

Ninguna de las características conocidas de los difuntos (género, grupo socioeconómico, etc.) se asoció de manera estadísticamente significativa con un tipo de alimentación más "moderna" o "más antigua". ¿Qué estaba fallando? ¿Se trataba de las variables elegidas, de un sesgo de las fuentes, de la escala? ¿O era simplemente que la gente había hecho lo que le venía en gana? En las siguientes secciones quisiera mostrar que el problema residió en establecer una relación *vis a vis* entre un conjunto de objetos y las características de las personas, en lugar de entender a las personas y su/s mundo/s material/es como una unidad[2].

Este nuevo enfoque implica que, para entender por qué se elige una forma de organizar la alimentación por sobre otra, es necesario cambiar la escala; no centrarse en las tendencias generales de una sociedad o en los conjuntos de unidades domésticas que presentaron una forma de hacer las cosas semejante, sino analizar caso por caso. También se hace necesario adentrarnos en la historia de las personas que poseyeron ciertos tipos de bienes asociados con la alimentación:

2 Es el mismo problema que se percibe en los trabajos con inventarios que buscaban generar un "índice de modernidad" para las personas a partir de la presencia de ciertos objetos considerados diagnósticos en sus *stocks* de bienes (por ejemplo, Green Carr & Walsh, 1988).

cómo fueron sus vidas y sus relaciones con sus semejantes, independientemente de cómo fueron categorizados por la documentación generada al momento de su muerte. También se vuelve fundamental tener en cuenta el resto de los objetos que cada persona eligió tener en su vida cotidiana. En los dos apartados que siguen, me voy a ocupar de 4 de las 100 personas que conformaron mi muestra inicial.

Las elegí por varios motivos. Uno de ellos es que en mi investigación previa mostraron características claramente "modernas" o más "a la antigua", tanto en la forma de preparar y cocinar sus alimentos como en la de presentar y consumir las comidas (dos de cada grupo). También fueron seleccionados por tratarse de hombres y mujeres económicamente independientes, pero cuyos niveles de riqueza se acercaron a los más bajos de la muestra general antes que a los más altos. Finalmente, los elegí porque la documentación generada al momento de su muerte, incluidos inventarios y tasaciones de bienes, presentó buena resolución e integridad (Marschoff, 2014), sumada a información adicional suficiente como para conocer o inferir parte de sus historias de vida[3].

Personas con alimentación "a la antigua"

Caso 1:

Gerónimo Giménez[4] nació en Cádiz, España, y migró a América al menos 30 años antes de su muerte, ocurrida tras una enfermedad el 10 de noviembre de 1785. Antes de llegar a Buenos Aires estuvo bastante tiempo en Lima, y de hecho fue vecino de esa ciudad. Allí se casó con María Manuela de Araujo, con quien tuvo un hijo y una hija, ambos mayores al momento de su muerte y residentes en Perú, al igual que su madre. Don Gerónimo estaba separado de hecho, ya que en Buenos Aires tenía su negocio, y como se verá más abajo, una red de vínculos establecida.

Su testamento es muy particular. Lo redactó él mismo y lo metió en un sobre, que cosió, lacró e hizo firmar por un escribano y varios testigos. Se trató de un "testamento ológrafo y cerrado" (Seoane, 2006), cuyas disposiciones sólo se conocieron después de su muerte. Y no por nada. En ese documento, redactado

3 Me he centrado en la información que brinda cada conjunto de documentos generado a partir de la muerte de cada persona, reconociendo que puede realizarse una búsqueda documental más amplia y profunda a través de la cual sería posible obtener información adicional. Esta decisión implica entender cada auto de defunción como un contexto material particular, analizable en sí mismo, ya que responde a las necesidades y problemas burocráticos, jurídicos, económicos, religiosos, etc. que emergen de la situación puntual de la muerte de cada persona.

4 Archivo General de la Nación (AGN), Tribunales, Sucesiones, Legajo 6257, Autos de Inventarios y tasaciones de los vienes que quedaron en esta ciudad por fin y muerte de Don Gerónimo Jiménez vecino que fue de la ciudad de Lima, Buenos Aires, 1785.

cuatro meses antes de morir, desheredó a sus hijos y le pidió a su albacea, Don Saturnino José Álvarez, que vendiera todos sus bienes y, transformándolos en dinero, entregara la suma a quienes en secreto le había comunicado. Don Gerónimo no sólo había abandonado su país de origen; también había dejado la familia que construyó. Probablemente nunca sepamos por qué.

Sin embargo, intuimos que fue una persona afectuosa. El difunto dijo en su testamento que vivía con un "muchacho" bautizado en Buenos Aires, a quien crió. El niño, llamado José Venancio, había nacido en 1778, por lo que tenía aproximadamente siete años al momento de morir su benefactor. No sabemos si se trataba de un niño huérfano o abandonado, ni cómo llegó Don Gerónimo a hacerse cargo de él; lo que sí sabemos es que lo acogió en su casa cuando tenía alrededor de dos o tres años, y cuando murió dejó pedido a su albacea que "*lo doctrin[ara] y aliment[ara] de limosna*". Evidentemente, el niño no tenía donde ni con quien vivir, y su suerte lo preocupaba.

Don Gerónimo vivía desde hacía al menos cuatro o cinco años en el barrio de Monserrat o Santo Domingo, una zona que en el siglo XVIII estaba recientemente urbanizada, y en la cual convivían negros libertos y personas blancas de pocos o medianos recursos. Su casa consistía de al menos dos habitaciones que alquilaba por 16 pesos al mes a Don Domingo Pérez. Fue en la parroquia de San Nicolás, en el barrio homónimo, donde Don Gerónimo hizo confirmar a José Venancio en 1781. Asimismo, fue en la iglesia de Santo Domingo, de la misma zona, donde eligió ser enterrado con el hábito de esa orden.

Don Gerónimo adquiría tapetados, cordobanes y suelas al por mayor, y luego los vendía a distintos zapateros de la ciudad. Ese fue su principal negocio, aunque además tuvo una suerte de casa de empeño, ya que recibía objetos valiosos (específicamente, hebillas de plata) por los cuales adelantaba dinero o quizás materia prima (ya que quienes figuraban como dueños de los bienes eran zapateros). Sus clientes probablemente vivían en el mismo barrio que él. Su vida, sus afectos, su negocio y su muerte transcurrieron allí, en la actual zona de Monserrat y San Telmo.

Al momento de su muerte, tenía tres esclavos bozales, un hombre de 40 años y dos mujeres de 30 y 40 años. Una de ellas, María Josefa, era quien llevaba las cuentas de su negocio y trataba con los zapateros compradores. Ella fue la tercera persona de confianza en su círculo íntimo, junto con el albacea, a quien confiaba secretos que no quería dejar por escrito, y el pequeño José Venancio.

El total de sus bienes sumaba más de 2.000 pesos que, en comparación con el resto de los inventarios, ubicaría a Don Gerónimo en el límite entre los dos segmentos más bajos del nivel de riqueza (Marschoff, 2014). Él se consideraba

"pobre de solemnidad", y pidió ser enterrado como tal. La mayor parte del valor de su patrimonio lo constituyeron los esclavos y la mercadería de su negocio.

El mobiliario en su cuarto de alquiler consistía de tres baúles y una escribanía con sus bancos y tintero. Para iluminarse por las noches en el interior de la casa contaba con dos palmatorias. José Venancio habría dormido sobre unos bancos, mientras Don Gerónimo habría reservado para sí una cuja (una cama con cabecero –Real Academia Española, 1817) *"ordinaria y vieja"* según los tasadores. No hay ninguna referencia a ropa de cama (ni frazadas, ni colchas, ni sábanas). Tenía también un biombo y dos imágenes religiosas de la virgen. Don Gerónimo leía o, al menos, poseía nueve libros (la mayoría de ellos religiosos, incluyendo uno en latín). El único libro que llama la atención es uno titulado "Arte de Canto".

De acuerdo a los tasadores, toda su ropa estaba vieja, y algunos ítems ni siquiera recibieron precio por considerárselos inútiles. Por supuesto, todo esto a excepción de su calzado, pues tenía un par de zapatos en buen uso y uno nuevo. Don Gerónimo vestía de azul, blanco y celeste; usaba gorro y, en ciertas ocasiones, un viejo sombrero.

Su alimentación era sencilla. Tenía una olla, una cazuela y unas parrillas, así como una caldera para calentar el agua de su mate con pie. Con una fuente, un salero, dos cucharas, dos tenedores, unos vasos y platos tenía suficiente para sí mismo y José Venancio. En su casa, la alimentación se organizaba "a la antigua", destacando los guisados simples y asados, para pocos comensales. Probablemente, alguna de sus esclavas era quien cocinaba. Si había que convidar a alguien, podemos imaginar a Don Gerónimo armando una rueda de mate con las 14 sillas que tenía, pero nada más.

Caso 2:

El 22 de diciembre de 1790, en su casa localizada sobre la plaza mayor de Buenos Aires, falleció Petrona Alcántara, Petrona Sorarte o Petronila de Arce[5]. Es una de las pocas personas de las que conocemos exactamente su edad al momento de morir: 39 años. Había sido inscripta como Petrona Alcántara en el libro de bautismos de personas españolas de la catedral de Buenos Aires. Era hija de padres desconocidos y sus padrinos fueron el matrimonio Arruz. Petronila de Arce fue el último nombre que utilizó antes de morir, y fue identificado por los funcionarios como un alias.

Petronila murió alrededor de las tres de la tarde, pero unas horas antes había sido asistida por el cirujano licenciado Capdevila. Él fue posteriormente con-

5 AGN, Sala IX, División Colonia, Sección Gobierno, Juzgado de Bienes de Difuntos, Legajo 15-5-9, Autos obrados por muerte de Petronila de Arce (alias), Buenos Aires, 1790.

vocado a certificar que no había nada sospechoso en el deceso, y efectivamente dictaminó que el mismo habría ocurrido por *"desangramiento por las vías naturales"*. En todo caso, su muerte fue tan inesperada que no tuvo tiempo de hacer testamento. Todo habría sido más simple si lo hubiese hecho.

Petronila no sólo fue hija de padres desconocidos, lo cual significaba un estigma social, sobre todo a fines del siglo XVIII (Twinam, 2009). Además, tenía problemas con su marido, por lo que al momento de su muerte ya no vivían juntos. Ocho años antes, como Petrona Sorarte, esta mujer firmó una carta dotal con Don Juan de Migoya y Pendas. Dos años después de casada (y como Petrona Arce), inició un pleito para desvincularse de él (Kluger, 2003). A pesar de esta relación públicamente conflictiva, este hombre intentó, a través de su apoderado y por vía judicial, heredar a Petronila, quien no tenía herederos forzosos ascendientes (por ser hija de padres desconocidos) ni hijos. Sin embargo, la justicia no se lo quiso permitir: uno de los últimos documentos de la testamentaría, fechado dos años después de la muerte de Petronila, fue un edicto que buscaba parientes hasta en décimo grado de vinculación con la difunta. No hay documentos que permitan conocer si alguien finalmente se presentó.

Esta porteña sin parientes, y con un halo de ilegitimidad que rodeaba su nacimiento, vivía, sin embargo, sobre la plaza mayor del Buenos Aires virreinal: la actual Plaza de Mayo, un lugar privilegiado en la estructura urbana. Era propietaria de la mitad de la casa en que habitaba, y disponía de diez habitaciones (organizadas alrededor de un patio), un traspatio y un corral al fondo. Llama la atención que sus ventanas estuviesen vidriadas, al igual que algunas puertas de vinculación entre una habitación y otra. Realmente, esto no era habitual en las viviendas de la época, cuyas descripciones he visto en otras testamentarías. También fue muy cerca de la plaza mayor, en la iglesia de San Francisco, donde fue enterrada.

En la casa donde vivía arrendaba dos habitaciones conectadas que daban a la calle (las cuentas de este alquiler se hallaron entre sus papeles). Sus bienes incluían diversas telas, ropa en corte o a medio confeccionar, y cantidad de elementos de costura. Sumado a que sus esclavos sabían coser, estos artículos posiblemente indicarían que Petronila tenía en su casa un pequeño taller de confección de prendas de vestir. Aunque su marido sostuviese lo contrario, el hecho de que ella contase con ingresos propios insinuaría que él no la mantenía.

Sus bienes sumaron casi 9.000 pesos, lo cual la ubicó entre los grupos intermedios del nivel general de riqueza patrimonial. La mayor parte de esa suma correspondió con la mitad de la casa (tasada en más de 4.000 pesos). Tenía un mulato iniciado en el oficio de sastre y una negra nacida en Buenos Aires que sabía "*coser llano*". Esta última estaba casada con un esclavo de Doña Bartola de Arce,

con quien tenía una niña de tres años. Evidentemente, Petronila era allegada a Doña Bartola, ya que utilizó su apellido durante sus últimos años de existencia, y sus esclavos estuvieron vinculados.

A pesar de las diez habitaciones de la casa, Petronila no tenía muchos muebles. Algunos de ellos eran de *"hechura antigua";* es decir, no eran precisamente "viejos" sino anticuados. De ese estilo era su cuja de jacarandá, con cielo raso y cortinas, todo en tafetán carmesí. Petronila dormía en un colchón; tenía colchas blancas de algodón, frazadas y almohadas, aunque no se indica la presencia de sábanas. En otra habitación habría tenido su estrado. Generalmente, los estrados se componían de una tarima, taburetes o sillas bajas, una pequeña mesa, almohadones. En el caso de Petronila, este espacio estaba delimitado por una estera de Chile en vez de tarima. En el estrado, las mujeres de la época solían recibir a sus visitas; era el lugar donde charlaban, comían dulces, tomaban mate, cosían o jugaban a juegos de mesa. En la casa de Petronila había una cajita de costura para estrado, además de otra adornada con plata y forrada en terciopelo verde. Pero aquí hay que recordar que ella se dedicaba a la costura.

Tenía, además, una mesa redonda con sillas, una papelera vieja, una caja y una rinconera. En algunas de sus ventanas con cristales tenía cortinas azules; y dos alfombras cubrían el piso de alguna habitación. La iluminación interna de la casa se efectuaba a través de dos candeleros que podían cambiarse de lugar, y seis cornucopias fijas con marcos de cristal y mecheros que habrían producido menos olor que las habituales velas de sebo.

Petronila era creyente. De las paredes, colgaban nueve cuadros religiosos; y en una de ellas había un nicho con una imagen de Nuestra Señora del Rosario. En la casa de un vecino se hallaba un baulito con un santo de bulto (vestido y adornado con joyas) que ella pretendía donar a una iglesia (aunque se terminó tasando con el resto de sus bienes). Para sus oraciones tenía dos rosarios.

Petronila se vestía bastante a la moda (Marschoff & Salerno, 2015), utilizando colores distintos: el negro de rigor, pero también rojo, amarillo, morado, blanco y rosado en sedas y telas de lienzo o algodón. Tenía bastantes joyas y un abanico de nácar al que le dio mucho uso.

Probablemente, sus utensilios de preparación y cocción de alimentos fueron *"escamoteados"* en algún momento entre su muerte y el inventario realizado al día siguiente: sólo se registraron un hacha de cocina y una olla. Petronila poseía un mantel y tres servilletas, fuentes y jarras. Para el consumo de alimentos y bebidas tenía unos pocos platos, tres vasos, dos tazas, ocho cucharas y cuatro tenedores. Y por supuesto, los consabidos accesorios para el mate. Al igual que en el caso de Don Gerónimo, no podemos imaginarla invitando gente a cenar, pero sí a reuniones más informales mate de por medio.

Personas con alimentación "moderna"

Caso 1:

Don Luis Puy[6] o del Puy, como se denomina a sí mismo, era francés de origen, pero calculamos que hacía por lo menos 30 años que vivía en Buenos Aires. Se casó con una porteña, Doña Joaquina Celedonia Yiles o Xiles; y en abril de 1788, cuando finalmente murió, hacía ya seis años que había enviudado. Con Doña Joaquina tuvo cinco hijos: dos varones mayores, una hija casada (a cuyo marido nombra por su primer albacea y tutor) y dos hijos menores de edad (una chica y un varón).

Todos sus hijos vivían también en Buenos Aires. Los varones mayores ya estaban establecidos. Aunque no se sabe a qué se dedicaban, no participaban de la misma actividad que Don Luis. Uno de ellos le prestó dinero a su padre, y con el otro sucedió lo contrario: fue su padre quien le adelantó dinero para independizarse (de hecho, fue a este hijo a quien su difunta esposa favoreció con el quinto). En el testamento, Don Luis relata haber conversado y acordado con sus hijos y su yerno la distribución de bienes. Él decidió favorecer a los dos más pequeños con el quinto: pidió que 200 pesos sean destinados a pagarle al varón dos años de estudios en el Colegio jesuítico de Buenos Aires, y que el remanente fuese utilizado para gastos de la niña. No parece haber mantenido vínculos con nadie en su país de origen; sin embargo, ayudó económicamente a compatriotas recién llegados a la ciudad.

Al igual que Gerónimo Giménez, Don Luis vivía en el barrio de Santo Domingo y es probable que ambos hombres se hayan conocido. El segundo albacea de Don Luis también fue albacea de Don Gerónimo: Don Saturnino José Álvarez, quien debió haber sido una persona importante en el barrio, o al menos alguien con muchas conexiones. A pesar de vivir en Santo Domingo, Don Luis dispuso ser enterrado en la iglesia de San Francisco, cerca de la plaza mayor, con el hábito de esa orden.

Su casa era amplia y tenía varios recintos, algunos destinados a su negocio. Estaba organizada de manera semejante a la de Petronila: alrededor de un patio y traspatio, con árboles frutales y un corral. Tenía un total de 14 habitaciones, con dos cocinas y dos albañales, quizás para segregar mejor la vida de los esclavos. Algunas habitaciones tenían funciones específicas, lo cual no es algo que habitualmente encontré en las descripciones de viviendas de la época. Así, Don Luis tenía

6 AGN, Tribunales, Sucesiones, Legajo 7706, Imbentarios por fallecimiento de Don Luis Puy, Buenos Aires, 1788.

entre los cuartos que daban al patio una sala, un dormitorio, una recámara y un comedor, además de un almacén. Es de destacar que al momento de la tasación se refirió el nombre de algunos vecinos linderos. Uno de ellos fue una tal Doña María del Carmen Xiles; evidentemente, una pariente de la difunta mujer de Don Luis, lo que hablaría de los vínculos entre el barrio y la familia extendida.

Don Luis Puy, ayudado por sus esclavos, fabricaba muebles: mesas y sillas; cujas, cunas y catres; tarimas, mesas y sillas de estrado; biombos, cómodas, papeleras, guardarropas, baúles y rinconeras; pero también ventanas y puertas. Algunos artículos eran torneados, con patas de cabra, águila o burro; es decir, estilo cabriole o Luis XV, típicos del siglo XVIII y muy populares en Europa. Eran muebles ligeros, de líneas curvas, con delicado trabajo de marquetería, y decoración con motivos orientales (Auslander, 1996). No sabemos si las piezas de Luis Puy tenían todas estas características, pero es más que probable que él hubiese aprendido su arte en Francia, en el momento de apogeo del rococó, y que lo hubiese replicado en Buenos Aires. Sus muebles eran manufacturados en cedro, jacarandá, nogal, pitiribuy y lapacho; con detalles tallados y bruñidos; con tiradores y perillas, decorados con herrajes y tachuelas doradas. Al momento de su muerte, Don Luis estaba muy activo: él mismo llevaba su negocio y tenía una amplia clientela. Varios de sus clientes le adeudaban dinero por muebles entregados o a medio hacer, y él se ocupó de listarlos prolijamente en el testamento que preparó días antes de morir, estando ya enfermo.

Su patrimonio fue valuado en más de 15.000 pesos, por lo que se ubicó entre los grupos medios por nivel de riqueza entre los restantes inventarios trabajados. En su testamento, Don Luis calculó que a cada uno de sus hijos les tocaría *"bastante"* dinero, lo que indica que apreciaba su patrimonio (quizás, comparándolo con lo que heredó su mujer de sus padres -80 pesos- o con sus propios comienzos en Buenos Aires). Pareció ser un hombre satisfecho de sus logros en la vida. La mayor parte de su patrimonio estuvo representada por su vivienda, las existencias y herramientas de su oficio, y sus esclavos.

Don Luis convivía, además de con sus hijos menores, con siete esclavos de entre 55 y 2 años. Ellos incluían dos matrimonios de negros, uno de ellos con un hijito, un hombre soltero y un mulato de 16 años. Dos de los hombres estaban entrenados en el trabajo de la carpintería (de hecho, uno era oficial de bruñidor), por lo que fueron tasados en un poco más que lo habitual.

A pesar que fabricaba una diversidad de muebles, los artículos que Don Luis usaba en su casa eran pocos. Tenía dos cajas, un estante, una rinconera y una mesa de estrado (que, al igual que cierta ropa anticuada y algunos objetos de joyería, habrían pertenecido a su difunta esposa). En su casa con comedor había siete

mesas (además de la de estrado) y un total de 42 asientos. Tenía cinco catres. Una de estas camas era de nogal, y tenía cabecera y pilares con cortinado y cielorraso. Dos catres eran pequeños y tenían cabecera; y otros dos, eran de mayor tamaño y carecían de ella. Al contrario de lo que ocurría con Doña Petronila y Don Gerónimo, Don Luis tenía sábanas para las camas (ocho juegos de lino y estopilla), tres colchas, una frazada y siete fundas de almohada.

En las paredes de la casa había muchas imágenes religiosas (más de 40), aunque quizás algunas no estuviesen expuestas. Dos cruces y una imagen de bulto completaban este conjunto de objetos. Pero, además, había un espejo de unos 60 centímetros con luna y deslustrado, y una alfombra agujereada.

Podmos imaginarlo comprobando su atuendo antes de salir, vistiendo colores parecidos a los de Don Gerónimo (azul, blanco). Al igual que aquél, contaba con gorros y un sombrero, pero también tenía corbatas de gasa. La ropa era importante para este hombre y su familia: había en su casa lo necesario para repararla y tres planchas de hierro para dejarla impecable. El hecho de que tuviese espuelas y un poncho, probablemente indicaba que a veces salía a caballo a recorrer distancias un poco más largas que las usuales, fuera del ejido urbano (si bien no mantenía animales).

La casa contaba con objetos para la iluminación, tanto exterior (un farol grande y uno chico) como interior (cuatro candeleros). Otro indicio de su interés por el confort fue la presencia de un brasero para calefaccionar un poco alguna habitación. Tenía tinas para bañarse y, además de los dos albañales que había en el exterior de la casa para las necesidades, tenía una bacinica, un servicio sevillano y una escupidera.

Don Luis tenía una verdadera biblioteca en su casa, con más de 120 libros. Abarcaban temas diversos, y estaban en español, francés y latín (idiomas que probablemente dominaba). Quizás, los libros viejos y en mal estado eran los más hojeados y queridos. Las publicaciones de carácter religioso eran dominantes, incluyendo evangelios y epístolas en francés (algo que no era habitual en los listados de otras bibliotecas particulares). Casi en la misma cantidad, Don Luis poseyó libros sobre historia universal, monarquías europeas e historia eclesiástica. El tercer lugar lo ocuparon libros sobre naturaleza, atlas y relatos de viajes. Finalmente, en mucho menor número, Don Luis contó con libros de ficción (como el Quijote y las fábulas de Esopo y Fedre) y filosofía (incluyendo clásicos latinos, pero también autores de la Ilustración española como Feijoo y Vibes). El que más me gustó encontrar fue un tomo del *Arte de Cocina,* el libro de recetas más clásico y popular de los siglos XVII y XVIII, publicado por primera vez en 1611 y escrito por Francisco Martínez Montiño, cocinero de Felipe II.

De las cuatro personas de las que aquí escribo, Don Luis fue quien más objetos relacionados a la alimentación poseyó. Todos ellos apuntan a la modernidad de su organización. Tenía 25 artefactos para cocinar, de ocho tipos distintos. Con esta batería podía realizar cocciones al horno, salteados, hervidos, frituras y sofritos, guisados, asados de carne espetada o en parrillas. Contó con toda la variedad de artefactos que la tecnología de la época podía ofrecer, predominando aquéllos que permitían elaborar comidas de apariencia más sólida (no sólo los guisados homogéneos que pudieron haber cocinado Petronila y Gerónimo). Además tuvo tres trébedes, que servían para controlar mejor el calor (estableciendo una distancia entre el fuego y el recipiente).

Para la presentación de los alimentos en la mesa, Don Luis y su familia tuvieron fuentes, jarras, bandejas. Pero también una ponchera, una sopera, dos cucharones de plata y un trinchante, lo cual podría referir al consumo de una diversidad de comidas, transmitida a los artefactos para el servicio. Estos platillos, de consistencias y aspectos distintos, los comían en platos hondos, playos y de postre (más de 100 en total). Don Luis tenía muchos vasos, pero sólo cuatro tenedores, nueve cucharas y una docena de cuchillos de mesa. Esta escasez de cubiertos habría hecho difícil que pudiese invitar a una comida formal a más gente que el núcleo familiar de convivencia. Sin embargo, además del consabido mate, tenía una cafetera y 25 pocillos; es decir, más opciones de bebidas sociales para convidar a posibles invitados que Petronila y Gerónimo.

Caso 2:

Si de Petronila podemos imaginar que tuvo una vida complicada, María Mercedes Toledo[7] se nos presenta como una mujer enigmática. Poco sabemos de su historia, salvo que era viuda y había nacido o venía de Córdoba, en el centro de la actual Argentina, a unos 800 kilómetros de Buenos Aires. Eso, según testimonio de las personas que denunciaron su muerte al juzgado de bienes de difuntos el 30 de marzo de 1801. María Mercedes no dejó testamento ni se hallaron documentos en su habitación; por lo tanto, parte de lo que conocemos es lo que ella quiso que los demás supiesen sobre su vida. Su muerte fue repentina, pero natural, según señalaron los peritos que reconocieron el cuerpo. Este último fue rápidamente enviado al convento de San Francisco. Esta celeridad pudo deberse a que aún se sentían los últimos calores del verano en Buenos Aires, o a que el cuerpo fue tardíamente descubierto como resultado de que esta mujer vivía sola.

María Mercedes alquilaba una habitación en la casa de los Escalada, sobre la

7 AGN, Sala IX, División Colonia, Sección Gobierno, Juzgado de Bienes de Difuntos, Legajo 15-6-9, Autos obrados por muerte de María Mercedes Toledo, Buenos Aires, 1801.

plaza mayor, y fue pobremente enterrada en el mismo convento de San Francisco (a una cuadra de aquel lugar). El poco dinero en efectivo que poseía (un peso y monedas) no alcanzaba para pagar el alquiler de un mes. No hay indicios de qué vínculos podría haber establecido con la gente de Buenos Aires; quizás, porque hacía poco que había llegado. Tampoco puede conocerse cuál era su ocupación, o con qué se ganaba el sustento.

Sus escasos bienes sumaron poco más de 450 pesos, lo que la ubica en el nivel de riqueza más bajo, y la convierte en la persona con menor patrimonio entre las cuatro que considero en el trabajo. Sin embargo, el conjunto de objetos hallados en su habitación de alquiler es fascinante. En ningún otro inventario he podido encontrar algo semejante, lo que aumenta el misterio del caso.

Lo más interesante de sus pertenencias son ni más ni menos que diez espejos. De diferentes tamaños y hechuras, dorados y charolados, ninguno de ellos nuevo. En los 100 inventarios que trabajé en detalle para el período 1776-1810, sólo seis tenían espejos (uno de ellos, era el de Don Luis Puy); y del total de artículos registrados, la mayoría estaba en poder de esta mujer.

Como las demás personas de las que aquí me ocupo, María Mercedes tenía pocos muebles: una caja de cedro grande con cerradura y llave, dos mesitas, pero 14 sillas. Al igual que los demás poseía objetos religiosos, un cristo de bulto, una imagen en un nicho y 11 láminas de papel de diferentes advocaciones. Dormía en un catre de tijera, al que le adosaba un respaldar hilado, dos colchones, almohada y una gran cantidad de ropa de cama (en su mayoría, usada). Podía elegir entre cuatro cubrecamas o colchas (algunos, de telas de seda). Tenía una frazada para abrigarse y, al igual que Don Luis, juegos de sábanas de recambio (un total de cuatro). Tenía siete fundas para la almohada de su cama y, además, una almohada con volados (probablemente, más decorativa). Cubría una porción del piso con una estera, y de la ventana colgaba unas sencillas cortinas de lienzo. Calefaccionaba su cuarto, ya que tenía un brasero; y lo iluminaba internamente con un candelabro y una palmatoria (además, tenía unas espabiladeras). Pero con tantos espejos, es probable que la luz se multiplicara. Para salir al exterior, tenía un farol de mano de una luz y una linterna. Ello sugiere que María Mercedes se veía en la necesidad de salir de noche de su habitación para efectuar tramos largos en los que no era suficiente un candelero o palmatoria.

En su cuarto, los tasadores también encontraron otros objetos curiosos; algunos de los cuales, eran muy femeninos: dos cajas de plata (quizás, para las pocas piezas de joyería que poseía), un cajoncito para polvos, una cajita con una jeringa, una cajita rota que no podemos saber qué contenía, y otra cajita para violín con llave, pero sin el violín.

El guardarropa de María Mercedes fue el más amplio de todos los inventarios que he revisado (Marschoff & Salerno, 2015). Incluso tuvo más ítems de vestuario que la mujer con la tasación más alta de los 100 inventarios de la muestra general (María Josefa Ruiz de Gaona[8], que murió en 1809, siendo sus bienes tasados en más de 220.000 pesos). De hecho, el 44% del total del valor de sus bienes estuvo constituido por su ropa. Para mantenerla en estado, tuvo algunos objetos de costura y tres planchas de hierro. Las prendas que eligió estaban al último grito de la moda: las batas, y los textiles importados y livianos como las muselinas (Marschoff & Salerno, 2015).

Posiblemente María Mercedes no cocinaba su comida, ya que tenía sólo dos cacerolas y una cafetera. Pero sí tenía objetos para presentar y consumir alimentos: mantel y una docena de servilletas, fuente, jarras, media docena de cucharas y tenedores, platos, objetos para mate, vaso y copa (todo, en mayor cantidad que Petronila y Gerónimo). Sumado a la presencia de sillas, uno puede imaginarse a María Mercedes recibiendo unos pocos invitados en su cuarto.

Discusión

Teniendo en vista el objetivo de analizar, al nivel de las personas singulares, cómo algunas adoptaron comportamientos corporales que podrían ser considerados "modernos", en esta sección discuto comparativamente, utilizando el concepto de distanciamiento de Elias, las prácticas cotidianas y el ambiente material de las cuatro personas seleccionadas en función de sus experiencias e interacciones. Comienzo con el distanciamiento entre las personas y la naturaleza (Elias, 1956, 1996). Fue en este proceso que el mundo material –considerado en sentido amplio como paisaje, objetos, etc. (Ingold, 2011)– comenzó a ser vivido como externo al sujeto.

Tomando a las viviendas como espacios que cada una de estas personas construyó para sí y quienes vivían con ellas, llama la atención en todos los casos (excepto en el de Luis Puy) el carácter genérico de sus habitaciones, que probablemente cumplían funciones múltiples e incluso intercambiables. La poca cantidad de muebles, que podrían haber circunscrito la funcionalidad de las habitaciones, acentúa esta sensación. En el caso de los propietarios de viviendas, podemos apreciar que tenían menos de un ítem por recinto, lo que abre preguntas sobre la cantidad de habitaciones, aparentemente, casi vacías. ¿Cuál era el valor asignado a los espacios cubiertos?

Otra característica común es que en todas las casas había objetos religiosos.

8 AGN, Tribunales, Sucesiones, Legajo 7779, Testamentaría de la finada Dna. María Josefa Ruíz de Gaona, Buenos Aires, 1809.

Si bien en el contexto de estos inventarios y tasaciones no es posible saber con precisión cómo eran utilizados, o si todos se hallaban expuestos y de qué manera, resulta sugestiva la necesidad de otorgar materialidad a las creencias, de vivir materialmente experiencias que hoy calificaríamos como inmateriales.

Por otra parte, todas las unidades domésticas analizadas contaban con artefactos para la iluminación interna; es decir, que había actividades bajo techo que precisaban mejorar la visibilidad durante la noche o en espacios con poca luz natural. El hecho de que ambas mujeres contaran con mayor cantidad de artefactos de este tipo podría estar indicando un régimen de actividades diferente; incluso, quizás, horarios distintos a los de los hombres. Tanto en las viviendas de las mujeres, como en la de Luis Puy, había esteras o alfombras y cortinas que darían cuenta del interés por algún tipo de arreglo de los espacios internos. Los vidrios de la casa de Petronila son significativos, ya que aislaban del exterior (del frío, el polvo, el ruido), pero dejaban entrar la luz. El control de la temperatura interna (aunque sea parcial, por medio de braseros) sólo puede observarse en los casos que, desde la alimentación, clasifiqué *a priori* como "modernos": Luis Puy y María Mercedes Toledo. Fue en estas dos viviendas donde también había artefactos para la iluminación del exterior: fijo, en el caso del francés; y móviles, en el de la cordobesa. Fueron estas personas las que intentaron integrar en horarios no-diurnos los espacios internos y externos de las viviendas, con su organización alrededor de patios, característica de la época (Zarankin, 1999), que de por sí planteaba una gran fluidez de movimientos. Estas casas despojadas, con una organización funcional no materializada por medio de objetos y con una fuerte presencia de lo religioso, no sólo podrían estar hablando de un tipo particular de domesticidad, sino también de una forma de vivir en el espacio sin segmentarlo ni encasillarlo.

Las viviendas de estas cuatro personas, si bien desde nuestra percepción eran despojadas, estaban abiertas al ingreso de otras personas y al movimiento. La cantidad de sillas presentes en todas ellas lo atestigua, a menos que este ítem de mobiliario hubiese tenido en la época funciones distintas a la de permitir a las personas sentarse y permanecer más cómodamente en un lugar.

Esto último se vincula con el segundo y tercer tipo de distanciamiento planteado por Elías: el que ocurre entre "los hombres" en general, y entre hombres y mujeres (Elias, 1978, 1987, 1996). Desde la materialidad de las viviendas, se puede plantear una apertura a la recepción de personas externas a la unidad doméstica. Esta forma de sociabilidad entre quienes habitaban la vivienda y quienes llegaban como "invitados", que podríamos llamar "receptividad", no puede ser observada en las prácticas alimentarias de ninguno de los casos estudiados, excepto si consideramos las bebidas sociales (particularmente, el mate). Los juegos de

distancia y acercamiento, característicos de la alimentación en otros contextos del siglo XVIII (Elias, 1987; Flandrin, 1992; Revel, 1996), no estaban en acción durante el Virreinato porteño. La sociabilidad hacia el exterior de la unidad doméstica no se observa en la ingesta de alimentos, sino que es más simple, menos trabajosa, más improvisada y sin horario fijo.

Si se consideran las historias de las cuatro personas seleccionadas se puede apreciar que tres de ellas se desvincularon de su lugar de origen a través de la migración y no hay información que permita establecer si siguieron manteniendo lazos con su familia de nacimiento. Podría decirse que son clásicos ejemplos de los habitantes de esta ciudad portuaria, donde había gran afluencia de inmigrantes durante el Virreinato (Johnson & Socolow, 1980). El caso de Petronila es más drástico, pues aparentemente desconocía su origen. Su trayectoria no fue espacial como la de los otros, sino social, de lo cual dan testimonio sus cambios de nombre. Gerónimo, por su parte, muestra un historial de traslados y desvinculaciones. Para estas dos personas contamos también con información que muestra los conflictos interpersonales que sobrellevaron y la respuesta que brindaron frente a ellos: el alejamiento espacial (que implicó mayor o menor distancia), el dejar de frecuentar esas personas con quienes habían tenido lazos íntimos y estrechos en algún momento de sus vidas. Sin embargo, ambos muestran una red de amistades y afectos profundos. Los lazos más evidentes incluyen: Gerónimo con su albacea y el pequeño José Venancio; Petronila con la vecina que le "prestó" su apellido.

Las historias de quienes, desde la alimentación, clasificamos como "modernos" son distintas. Para María Mercedes Toledo carecemos de información suficiente; pero Luis Puy nos muestra un fuerte compromiso afectivo con su familia directa (sus hijos) y política (su yerno y la familia de su mujer). Posiblemente, también haya mantenido lazos de confianza con otras personas, como Don Saturnino José Alvarez, su segundo albacea y vecino.

Gerónimo, Petronila y Luis tenían esclavos. Con ellos compartían sus actividades cotidianas y el trabajo que les estaría dando el sustento a todos. Sin embargo, a mi entender, las relaciones que entablaban con ellos eran distintas. Petronila y Gerónimo no los segregaron espacialmente del mismo modo que Luis Puy. Este último tenía una cocina y un albañal para ellos en el segundo patio de su casa. Gerónimo fue quien manifestó un vínculo de confianza más estrecho con un esclavo, ya que la esclava María Josefa fue su mano derecha en el negocio de venta de insumos a zapateros. Dentro de la tendencia que perfila el establecimiento de vínculos afectivos con las personas espacialmente cercanas, el límite para Luis Puy lo constituyeron los esclavos. En personas como Gerónimo y Petronila, que no tenían familiares directos o se desvincularon de ellos, este límite pudo ser menos

tajante. También cabe preguntarse si la actitud de Luis Puy no era otra cosa que un rasgo de modernidad más: un distanciamiento frente a las personas con quienes no se mantenían vínculos familiares, que pudo asociarse a la consolidación de la familia nuclear burguesa del siglo XIX (Ariès, 1992).

No quisiera dejar de mencionar algo sobre el tercer tipo de distanciamiento que plantea Elias (1978, 1987, 1996), aquél que ocurrió entre hombres y mujeres, ya que del análisis de los casos surgieron algunos indicadores. El que más me interesa destacar es el estrado. Petronila tenía uno con varios objetos; probablemente, colocado sobre una estera en una de sus diez habitaciones. La difunta esposa de Luis Puy también habría tenido uno, ya que en el inventario de bienes se menciona una mesa con tal fin.

El estrado, como espacio de sociabilidad exclusivamente femenino, habría aparecido en algún momento de los siglos XV o XVI en la España mora, y Covarrubias Orozco (2010 [1611]) lo registró en su diccionario a inicios del siglo XVII. Sentarse sobre almohadones o en sillas bajas generaba una postura corporal diferente a la habitual, si bien la tarima elevaba esa posición, y protegía el cuerpo del contacto directo con el piso. No se sabe si la presencia masculina estaba terminantemente prohibida en estos contextos. Es posible que variara en cada caso, pero en principio, estaba muy restringida. Tal como le relató su padre a Lucio V. Mansilla (2006 [1913]: 60), los hombres sólo podían mirar de lejos, sentados en sillas de tamaño regular o parados, y no participaban de la plática entre susurros que allí ocurría. En ese relato, el hombre se alegra de la desaparición de la práctica, ya que la veía como una limitación a la sociabilidad entre hombres y mujeres, una distancia impuesta y forzada. En ese mirarse de lejos, los espectadores eran los hombres, y las mujeres, las observadas.

Hacia fines del siglo XVIII o principios del XIX, el estrado habría empezado a caer en decadencia (Gómez Cely, 2005). El diccionario de la Real Academia Española de 1843 describe esta práctica en tiempo presente; en cambio, el de 1852 (Real Academia Española, 1852) lo hace en pasado, a lo que habría que sumar la tardanza en el registro de cambios en este tipo de fuentes (Marschoff, 2014). De hecho, el relato del padre de Mansilla ocurre alrededor de 1850, y en ese entonces fecha la desaparición de la práctica durante su propia juventud (Mansilla 2006[1913]: 60). Sin embargo, sabemos por las existencias de Luis Puy, que aún en 1788 se seguían fabricando muebles con este fin.

Considero que la decadencia del estrado como práctica de distanciamiento entre hombres y mujeres, aunque de cercanía entre las últimas, podría ser interpretado como un signo de "modernidad" en el contexto analizado. Petronila participaba de esta práctica en 1790, seguía un perfil de alimentación "a la antigua",

y poseía muebles anticuados, volviendo su mundo material coherente como un todo. Pero no así María Mercedes.

Finalmente, resta discutir el cuarto tipo de distanciamiento que menciona Elias: el de las personas de sí mismas, el auto-distanciamiento y la consciencia de sí (Elias, 1996; Elias *et al.,* 1997). Sobre esto hay varios indicadores materiales; especialmente, si se compara la presencia y ausencia de ciertos ítems en las listas de bienes de Luis Puy y María Mercedes Toledo (a quienes inicialmente, según su alimentación, clasifiqué como "modernos"), con las de Gerónimo Giménez y Petronila de Arce. Los artículos pueden agruparse tentativamente en dos conjuntos: unos que hacen al bienestar corporal (como la mitigación del frío, la higiene corporal, la comodidad al dormir) y otros que hacen más a la imagen de sí mismo (incluyendo la apariencia externa del cuerpo, pero también las prácticas del vestido, a través de las cuales el vestuario se corporiza y el cuerpo excede las fronteras de la carne –Salerno, 2011 y este volumen).

Comenzando con el primer conjunto, hay entre los bienes de María Mercedes Toledo, Luis Puy y Petronila de Arce una serie de objetos que permitían volver más agradable el ambiente en que se habitaba; sobre todo, mediante el control de la temperatura: cortinas, ventanas vidriadas, pisos protegidos con alfombras y esteras, y artefactos para calefacción (braseros). Otra serie de objetos se vinculaban más bien con la forma de satisfacción de las necesidades fisiológicas. En esto, ciertos ítems de quienes inicialmente clasifiqué como "modernos" resultaron clave. Tanto María Mercedes como Luis dormían con sábanas, y las tenían en cantidad suficiente como para mantenerlas siempre limpias. Por otro lado, sus inventarios presentaron una mayor diversidad y cantidad de objetos para la presentación y consumo de alimentos, indicando diversidad de comidas (aunque no necesariamente una mayor amplitud de dieta). Finalmente, sólo Luis Puy contó con objetos para la higiene corporal y su casa presentó albañal (cabe destacar que la vivienda de Petronila, localizada sobre la plaza mayor, no lo tenía). Además, tuvo artefactos específicos para que hacer las necesidades no implicara salir de la casa: bacinica y servicio. Es decir que, en términos de posibilidades de incrementar el bienestar corporal, tanto María Mercedes Toledo como Luis Puy se diferenciaron de Petronila de Arce y Gerónimo Giménez (quien ni siquiera tenía colchas o frazadas para dormir).

En lo que refiere a la construcción de una imagen de sí mismos, tanto María Mercedes Toledo como Luis Puy tuvieron espejos. El espejo permite ver la imagen de uno mismo, casi del mismo modo en que los demás lo ven a uno (lo que también podría vincularse con el segundo y tercer tipo de distanciamiento de Elias). Si bien el guardarropa de Luis Puy no se diferenció demasiado del de

Gerónimo Giménez en cuanto a ítems y colores, y obviando el hecho de que su ropa no estaba tan usada, sí tenía planchas. Esto permitía mejorar el aspecto de la vestimenta, independientemente de su estado. María Mercedes también tenía planchas, junto con el guardarropa femenino más amplio que he visto en los testamentos estudiados. Para ambos, el atuendo no empezaba y terminaba en la ropa que se ponían, sino que resultaba igualmente importante su aspecto y la forma de llevarlo, lo que podía ser corroborado por ellos mismos en sus espejos.

Creo que es en este último tipo de distanciamiento, que se vincula directamente con el cuerpo de uno, en donde se han hecho más patentes las diferencias entre las personas y la emergencia de tendencias "modernas" o "civilizadas". Y en este conjunto la alimentación es sólo una variable más a ser considerada, ni siquiera la más notoria.

A modo de conclusiones

En la discusión de la sección anterior, las cuatro categorías de distanciamiento de Elias han probado ser, a mi entender, una vía de indagación fructífera, mostrando además estar estrechamente vinculadas entre sí. Además, ahora que he podido considerar la alimentación dentro del contexto de vida de las personas, pude corroborar que, si bien es un indicador útil para discutir "la modernidad" en un contexto doméstico, no necesariamente, o no en todos los casos, es el más evidente. De cualquier modo, forma parte de los indicadores más claros: aquéllos directamente vinculados al cuerpo propio.

El ambiente doméstico, las viviendas, sólo mostraron la presencia de algunas prácticas que podríamos definir como "modernas", y estás también se vincularon al bienestar corporal. Entre ellas, resulta sugestivo pensar la ampliación del rango horario de las actividades como "rasgo moderno", común a las mujeres y a Luis Puy. Pero, como sucede con la mayoría de las conclusiones a las que he arribado en este trabajo, sería necesario considerar más casos.

Las viviendas mostraron ser unidades abiertas a una sociabilidad fluida y desestructurada, en términos de, por ejemplo, etiqueta alimentaria y horarios. Los cuatro casos analizados mostraron vínculos con personas que no habitaban la unidad doméstica, e incluso también, en algunas ocasiones, con sus esclavos. ¿Cómo era, entonces, que las personas optaban por asumir ciertos rasgos modernos? Volviendo sobre cada uno de ellos sólo se pueden plantear algunas tendencias, que mostrarían cómo fueron las historias personales y las experiencias que en cierta forma influyeron en esa opción.

Si lo comparamos con los demás, Gerónimo Giménez tenía una casa de sencillez casi espartana. Aunque no fue quien presentó menor nivel de riqueza

patrimonial, el confort no entró en su vivienda; todo en ella era útil para algo. Este hombre cortó los lazos con las personas de su pasado; de hecho, explícitamente renegó de ellos y puso muchos kilómetros de por medio. Sin embargo, demostró que no tenía prejuicios raciales, que era caritativo, y que los semejantes y desfavorecidos le importaban. ¡Ojalá conociéramos lo que pidió en secreto a su albacea! La sencillez de su mundo material, que es posible interpretar como "a la antigua", ¿no respondió en realidad a una necesidad de simplificar su vida, de centrarse en los vínculos que le importaban, los que tenía cerca, sin mediaciones ni etiquetas?

Petronila de Arce, con su casa y prácticas anticuadas, era sin embargo una luchadora. Es por eso que, en el caso de esta mujer, cuyo recorrido social fue tan complejo (desde su nacimiento ilegítimo hasta su casa en la plaza mayor y su entierro en la iglesia de San Francisco), cabe preguntarse si en realidad sus prácticas anticuadas no respondieron a una necesidad personal de construirse una profundidad temporal familiar de la que carecía. Quizás Petronila intentaba materialmente inventarse un pasado, y para eso recurrió a prácticas y materialidades anticuadas.

Luis Puy, un francés firmemente establecido en Buenos Aires, fue quien mostró más "rasgos modernos". La importancia que le otorgó a su trayectoria personal de logros; a la educación, a la familia y a sus descendientes; al hecho de ser enterrado en San Francisco, cerca de la plaza mayor, cuando vivía en el barrio de Monserrat, muestran un recorrido de búsqueda de prosperidad, de "progreso". ¿Fue éste un síntoma de "modernidad" burguesa? Resulta tentador afirmarlo, teniendo en cuenta que Luis nació en la Francia pre-revolucionaria. Sin embargo, su historia fue también la del viejo relato de éxito de quienes venían a "hacer la América", y que atrajo inmigrantes al continente desde el principio del colonialismo.

María Mercedes Toledo, la misteriosa y "moderna" cordobesa. No sabemos si vino sola a Buenos Aires, pero sí que murió sola en esta ciudad. Sus gustos eran claros y acentuados. Su imagen era importante para ella; de ahí, su ropa y maquillaje. ¿Fue ésta una historia de "reinvención" de la propia identidad a partir de la migración? ¿Por qué en esos términos? Si Petronila intentaba inventarse un pasado, María Mercedes quizás lo estaba ocultando, y apostando desde la "modernidad" de sus prácticas a la construcción de un futuro distinto.

Si bien es subjetiva, creo que esta contextualización en función de las experiencias de vida sirve para cuestionar las categorías de "moderno" y "antiguo". En cada persona se mezclan rasgos de lo uno y lo otro, mostrando que existen muchas modernidades posibles, aunque ellas todas dependen de una decisión que no pasa por la aceptación pasiva de un proceso, que en realidad es diverso,

con idas y vueltas, y hasta cierto punto irreversible (Elias, 1987). Esta decisión se vincula con experiencias y trayectorias personales, inasibles y muchas veces desconocidas, pero en las cuales la interacción juega un rol preponderante. Aquí se vuelve presente la idea de que las relaciones entre la gente son el eje de la sociedad (Elias, 1996); pero también, añadiría, de las personas. Quienes eligieron prácticas "modernas" o "antiguas" lo hicieron solamente porque en ese momento de sus vidas, y en función de sus experiencias pasadas, las mismas les posibilitaron una forma de relacionarse con sus semejantes que les resultaba satisfactoria. Para terminar, me gustaría proponer que las "modernidades" no sólo varían entre contextos, sino dentro de un mismo contexto, e incluso a lo largo de la vida de una misma persona.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a los editores de este número especial de la revista *Vestígios* la invitación a participar en él. Muchas de las reflexiones aquí vertidas son inspiradas en las fructíferas charlas con Melisa A. Salerno, Beatriz Bixio, Constanza Gómez Navarro, Romina Grana, Marcos Rubiolo y Marta Bonofiglio. El manuscrito también se benefició de las correcciones, comentarios y sugerencias de todos ellos.

Bibliografía

ARECES, N. 2000. Las sociedades urbanas coloniales. En TANDETER, E. (Comp.) *Nueva Historia Argentina. La sociedad colonial*, tomo II. Editorial Sudamericana, Buenos Aires. Pp. 145–188.

ARIÈS, P. 1992. Para una historia de la vida privada. En ARIÈS, P. & DUBY, G. (Dirs.) *Historia de la Vida Privada. El Proceso de Cambio en la Sociedad de los Siglos XVI-XVIII.* Taurus, Madrid. Pp. 7–19.

AUSLANDER, L. 1996. *Taste and Power: Furnishing Modern France.* University of California Press, Berkeley y Los Angeles.

COVARRUBIAS OROZCO, S. de. 1611. *Tesoro de la Lengua Castellana o Española.* http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=32700&portal=0 (Acceso enero 2010).

CHIARAMONTE, J. C. 1986. La etapa Ilustrada, 1750-1806. En ASSADORURIAN, C. S., G. BEATO & J.C. CHIARAMONTE (Eds.) *Argentina: De la Conquista a la Independencia*. Hyspamerica, Buenos Aires. Pp. 280–364.

ELIAS, N. 1956. Problems of involvement and detachment. *The British Journal of Sociology,* vol. 7, n. 3: 226–252.

----------. 1978. On Transformations of aggressiveness. *Theory and Society,* vol. 5, n. 2: 229–242.

----------. 1987. *El Proceso de la Civilización. Investigaciones Sociogenéticas y Psicogenéticas.* Fondo de Cultura Económica, México DF.

----------. 1996. *La Sociedad Cortesana.* Fondo de Cultura Económica, México DF.

ELIAS, N., VAN KRIEKEN, R. & DUNNING, E. 1997. Towards a Theory of Social Proceses: A Translation. *The British Journal of Sociology,* vol. 48, n. 3: 355–383.

FLANDRIN, J. L. 1992. La distinción a través del gusto. En ARIÈS, P. & DUBY, G. (Dirs.) *Historia de la Vida Privada. El Proceso de Cambio en la Sociedad de los Siglos XVI-XVIII.* Taurus, Madrid. Pp. 266–309.

GARAVAGLIA, J.C. & MELÉNDEZ D. 1985. Economic growth and regional differentiations: The River Plate region at the end of the eighteenth century. *The Hispanic American Historical Review,* vol. 65, n. 1: 51–89.

GÓMEZ CELY, A. 2005. Del estrado femenino a la sala familiar. Cambios en los interiores domésticos durante el siglo XIX. *Cuadernos de Curaduría,* n. 2. http://www.museonacional.gov.co/inbox/files/docs/cestrado.pdf (Acceso mayo 2010)

GREEN CARR, L. & WALSH, L.S. 1988. The standard of living in the colonial Chesapeake. *The William and Mary Quarterly,* 3rd Ser., vol. 45, n. 1: 135–159.

INGOLD, T. 2011. *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description.* Routledge, London.

JOHNSON, L. & SOCOLOW, S. 1980. Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII. *Desarrollo Económico*, vol. 20, n. 79: 329–349.

KLUGER, V. 2003. Casarse, mandar y obedecer en el Virreinato del Río de la Plata: Un estudio del deber-derecho de obediencia a través de los pleitos entre cónyuges. *Fronteras de la Historia,* vol. 8: 131–151.

LE GOFF, J. & TRUONG, N. 2006. *Una Historia del Cuerpo en la Edad Media.* Paidós, Buenos Aires.

MANSILLA, L.V. 2006 [1913]. Mis Memorias. Infancia-Adolescencia. Colección del Bicentenario, CM Editores, Buenos Aires.

MARSCHOFF, M. 2007. La alimentación española del XVI al XIX: una perspectiva desde los sentidos. En IMHICIHU-CONICET, II Jornadas de Interdisciplina "Fuentes e interdisciplina". Editorial Dunken, Buenos Aires. Pp 67–75.

----------. 2011. El cuerpo y la corporización como herramientas metodológicas para el estudio de la cultura material. En RAMOS, M., TAPIA, A., BOGNANNI, F., FERNÁNDEZ, M., HELFER, V., LANDA, C., LANZA, M., MONTANARI, E., NÉSPOLO, E. & PINEAU, V. (Eds) *Temas y Problemas de la Arqueología Histórica,* Tomo II. Publicaciones del Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Dpto. Cs. Sociales, UNL, Luján. Pp. 369–382

----------. 2013. ¿Doméstica o domesticada? Mujer y hogar en el Buenos Aires virreinal. *Vestigios. Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, vol. 7, n. 2: 75–105.

----------. 2014. Sociabilidad y alimentación. Estudio de casos en la transición hacia el siglo XIX en el Virreinato del Río de La Plata. IZETA, A. (Ed). South American Archaeological Series. British Archaeological Reports International Series, Cambridge.

MARSCHOFF, M. & SALERNO, M. A. 2015. Abriendo baúles y desempolvando guardarropas. Mujeres y prácticas del vestido en el Buenos Aires Virreinal. Anuario de Estudios Americanos. Aceptado septiembre 2015.

NICOLETTI, M.A. 1987. El Cabildo de Buenos Aires: Las bases para la confrontación de una mentalidad. *Quinto Centenario,* vol. 13: 97-126.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 2014. *Nuevo Tesoro Lexicográfico.* http://ntlle.rae.

es (Acceso mayo de 2015)

REVEL, J.-F. 1996. *Un Festín en Palabras. Historia Literaria de la Sensibilidad Gastronómica desde la Antigüedad hasta Nuestros Días.* Tusquets, Barcelona.

ROSA, J. M. 1988. *Historia Argentina, tomo I:"Los tiempos de los españoles (1492-1805)*". Ed Oriente. Buenos Aires.

SAGUIER, E. R. 1993. La crisis de circulación y la lucha contra el monopolio comercial español en los orígenes de la revolución de independencia. El caso de Buenos Aires en el siglo XVIII. *Revista Complutense de Historia de América,* vol. 18: 149–194.

SALERNO, M. A. 2011. *Persona y Cuerpo-Vestido en la Modernidad: Un Enfoque Arqueológico.* Tesis de doctorado en arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

SEOANE, M. I. 2006. *Un Salvoconducto al Cielo. Prácticas Testamentarias en el Buenos Aires Indiano.* Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires.

TAU ANZOÁTEGUI, V. & MARTIRÉ, E. 1981. *Manual de Historia de las Instituciones Argentinas.* Ediciones Macchi, Buenos Aires.

TWINAM, A. 2009. *Vidas Públicas, Secretos Privados. Género, Honor, Sexualidad e Ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

ZARANKIN, A. 1999. Casa tomada; sistema, poder y vivienda familiar. En ZARANKIN, A. & ACUTO, F. (Eds.) *Sed Non Satiata, Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea.* Del Tridente, Buenos Aires. Pp. 239–272.